



CATEDRAL TOMADA

Revista de Crítica Literaria Latinoamericana ∞ Journal of Latin American Literary Criticism

Eleonor Concha Venegas

Universidad de Playa Ancha
eleonorconcha@hotmail.com

Memoria situada y endriaga en *La oscura memoria de las armas**

Memory Located and Endriaga in *La oscura memoria de las armas*

Resumen

La oscura memoria de las armas (2008) de Ramón Díaz Eterovic explora los temas de la memoria, la dictadura, la transición, la violencia y la verdad, desde la mirada del detective Heredia, quien recorre las calles de Santiago dilucidando un asesinato que, en base a los relatos y a un ejercicio consciente de no-olvido, lleva al autor a tratar temas relevantes y ocultos en la época de la transición a la democracia, donde la memoria deviene en endriaga al constituirse por los testimonios de horror, tormento y silencio que impuso la dictadura a los habitantes de Santiago. Además, la novela permite configurar el imaginario urbano de Santiago de Chile en la época de la transición a la democracia, ingresando al imaginario literario nacional un nuevo personaje: la víctima de la dictadura que busca justicia y venganza.

Palabras claves

Ramón Díaz Eterovic; Santiago; impunidad; violencia; novela negra.

Abstract

In *La oscura memoria de las armas* (2008) Ramón Díaz Eterovic explores the topics of memory, Chile's dictatorship, transition, violence and truth from the perspective of Detective Heredia, who goes through the streets of Santiago elucidating a murder that, based on rumours and on

* Este artículo formó parte de la tesis de la autora para optar al grado de Magíster en Literatura de la Universidad de Playa Ancha, 2021. Esta tesis fue parte del proyecto FONDECYT Regular N°1181787 financiado por ANID y dirigido por el Dr. Alexis Candia. Mis agradecimientos al Dr. Alexis Candia, quien fue fundamental en la redacción de mi tesis de grado realizando generosos aportes en la dirección de la misma y, específicamente, en la construcción de este artículo.

a conscious effort of not forgetting history, it deals with relevant topics that were not talked about on the time of the transition to democracy, where memories become an "endriaga" at the sight of the establishment of the collective memory, birthed on the streets of the city. A memory made of testimonies dripping with the horror, torment and silence that the dictatorship imposed over the inhabitants of Santiago and allows us to configure the urban imaginary of Santiago de Chile at the time of the transition to democracy, introducing a new character into the national literary imaginary: the victim of the dictatorship who seeks justice and revenge.

Keywords

Ramón Díaz Eterovic; Santiago; impunity; violence; black novel.

Introducción

La oscura memoria de las armas da cuenta de un Santiago que se sitúa a pocos meses del retorno de la democracia y que, por cierto, evidencia las cicatrices propias de la vida en dictadura. La obra de Ramón Díaz Eterovic reflexiona acerca de la historia que se inscribe en los cuerpos de los habitantes de Santiago, los que reflejan aquel pasado que está pronto a develarse en cualquier conversación acerca del presente y donde se torna evidente el protagonismo del mundo popular, siendo el detective Heredia parte de aquel mundo subalterno, pero respecto del cual se constituye en una línea de fuga sin las restricciones y mecanismos de exclusión que el resto del mundo popular vive, en aquella marginalidad situada que le es propia y en la que son los subalternos los que contienen la ira, siendo depositarios de las injusticias sistémicas de Chile.

La oscura memoria de las armas explora los temas de la memoria, la dictadura, la transición, la violencia y la verdad. El detective Heredia recorre las calles de Santiago dilucidando un asesinato que, en base a los relatos y a un ejercicio consciente de no-olvido, lleva al autor a tratar temas relevantes y ocultos en la época de la transición a la democracia, donde la memoria deviene en endriaga al constituirse a partir de los testimonios del horror y del tormento, evadiendo el silencio impuesto por la dictadura a los habitantes de Santiago y que persiste en los



años de la transición. El pasado transita por los diálogos de la novela, surgiendo de los recuerdos de sus personajes la Memoria, aquella que debe permitir, en última instancia, un camino para la búsqueda de la verdad, en un mundo en donde la justicia parece ser impedida por el actuar concertado de sujetos que, siguiendo a Sayak Valencia, son endriagos,¹ es decir, aquellos que actúan con violencia, terror y total impunidad en los días en que transcurre la novela.

En un afán de reconstruir la mirada del autor frente a la obra analizada, se ha realizado, adicionalmente, una extensa entrevista al autor, la que permite dilucidar algunos aspectos de la obra, tales como: la memoria, el mal, el imaginario urbano y el papel de la ciudad, cuestión fundamental en el texto, ya que en este se observa que Santiago, la capital de Chile, es un personaje más dentro de la obra, cuyo imaginario urbano se encuentra plasmado no solo en el paisaje descrito, sino que a través de la memoria, el humor y el lenguaje popular de sus habitantes, en una ciudad donde Heredia reconoce los signos de la decadencia y, donde la violencia agrieta las paredes de la urbe, haciendo del Santiago de la transición, un espacio oscuro y peligroso. Con estos elementos, este artículo considera que la novela contiene una memoria situada, que transcurre y se expresa a través de lugares y paisajes de Santiago, con un Heredia que recorre la ciudad, practica itinerarios diarios en el centro de la misma, camina en sus calles, se sienta en sus cafés, sus bares, plazas y los lugares depredados de la urbe, mientras al mismo tiempo observa como: “La memoria, la incansable memoria seguía trabajando, agazapada, por los rincones de la ciudad” (Díaz Eterovic, *La oscura* 68). En este ejercicio de memoria y resistencia, el detective Heredia ejerce su labor a pesar de que los anhelos de justicia y verdad no puedan ser siempre alcanzados, como diría el autor en la entrevista:

¹ Se usa endriago como categoría y no como sustantivo o adjetivo, por lo que el término carece de plural. No obstante, y solo por un criterio de concordancia gramatical, y respetando el estilo de la autora, Sayak Valencia, se emplea el plural en el discurso.

[...] la búsqueda de justicia no siempre tiene finales felices, o la búsqueda de verdad no siempre termina en justicia, que es otra manera de verlo, el poder judicial, el poder policial, el poder económico, puede ser tanto o más corrupto que el poder de los delincuentes en las sociedades en que vivimos, eso es un distintivo, la aparición del Estado como un ente criminal (Concha, 1:31:25)

En cuanto al estado de la cuestión, Luis Valenzuela trata la obra de Díaz Eterovic desde el estudio de la memoria, considerando los elementos de la transición y el neoliberalismo y la expresión performática del no-olvido que es la *funera* (protesta pública que pretende denunciar a una persona o a un acto que se considera injusto) y que se recoge en el mismo texto. Por otro lado, Erik Larson habla de la des-memoria impulsada por los gobiernos de post dictadura y sus políticas de reconciliación y olvido; lo que, en cambio, Schmitz, Thiem y Verdú estudiarán desde el prisma de la justicia. Asimismo, Adán Toro se preguntará cómo la sociedad neoliberal y globalizada afecta a la ciudad y a sus habitantes en las novelas de Díaz Eterovic, estudiando, precisamente, *La oscura memoria de las armas* y los sujetos subalternos presentes en ella.

Es válido preguntarse, entonces, si los textos de Díaz Eterovic actúan como una denuncia de la violencia que ejerció la dictadura de Pinochet y si aquella violencia permea la realidad ficcional propuesta en la historia, explorando el tema de la memoria y su contenido, el devenir endriago de la memoria y la búsqueda de la verdad, considerando el espacio físico de la historia, la urbe de Santiago, la que, según el autor: “[...] es una ciudad que hace muy pocas cosas por recordar” (Concha, 58:06) por lo que las obras literarias o artísticas que hacen del rescate de la memoria urbanística, histórica y espacial de la ciudad, actúan en reemplazo de la des-memoria de las ciudades que retratan y consisten en una denuncia del olvido. Plantear este tema implica además circunscribir el trabajo del autor en la nueva novela neopolicial latinoamericana, siguiendo de esta forma lo dicho por Guillermo García-Corales y Mirian Pino, quienes exploran la obra de Díaz Eterovic, relevando



la relación de la novela neopolicial con el tema de la dictadura, lo que, según los autores, ocurre desde la publicación de *La ciudad está triste* (1987) novela donde:

[...] adquiere preponderancia la intervención del estado como instancia represora, lo cual, a su vez, produce modificaciones en el mundo privado de los personajes centrales. Tal es el caso, por ejemplo, del rol de la familia en busca de sus parientes desaparecidos que se aprecia en el mundo narrado. De esta forma, *La ciudad está triste* se suma a uno de los aportes más importantes de los escritores de la generación del 80 en su etapa de emergencia: no someterse a la imposición del silencio que esconde la muerte y el terror. (García-Corales y Pino, *Poder y crimen* 61)

García-Corales continuará analizando la saga de Heredia, adentrándose en la obra *La oscura memoria de las armas*, cuyo estudio derivará en una teoría de la lucidez y una reflexión en torno a la idea de memoria situada y, a su vez, Mirian Pino trabajará sobre la memoria en su artículo *La memoria cultural a través del relato negro*. Sin embargo, al reconocer en la obra de Díaz Eterovic los aspectos propios de la Novela Social Chilena, esto es, incorporar como personajes centrales a sujetos del mundo popular y actuar como denuncia del abuso de las clases más favorecidas sobre aquel mundo subalterno. Es posible sostener que el neopolicial latinoamericano es una de las formas en que pervive la novela social en el Chile actual. Conforme se avanza en la novela, se hace necesario considerar otras epistemologías que permitan nuevas miradas sobre su obra. Para ello, este artículo visitará el tema del mal, explorado por Alexis Candia, especialmente, en torno a la idea del mal globalizado. Desde el título mismo de este artículo, se recoge el término de sujeto endriago expuesto por Sayak Valencia en su libro sobre el Capitalismo Gore, donde el capitalismo ha impuesto a sus habitantes formas extremas de explotación y en donde se ha producido la conformación de un sujeto predador, el sujeto endriago, que la autora identifica como expresión de subjetividades capitalistas radicales (Valencia 19) y que en la obra de Díaz Eterovic

están representados por los torturadores y asesinos de la dictadura reciclados en vigilantes y expertos de seguridad. A ello se suman los aportes acerca de la memoria de Halbwachs y los de Lucía Guerra sobre los imaginarios urbanos. Todo lo anterior, permite comprender como Heredia ocupa un rol no solo de investigador, sino que emplea su pesquisa como una forma de engrosar la memoria con las historias, hechos y personas que visita y describe, descubriendo, de una forma u otra, a los asesinos. El autor dice al respecto que:

[...] *La oscura memoria de las armas*, fue pensada como un repaso de la temática de las novelas anteriores [porque] de alguna manera cierra el círculo de las novelas relacionadas directamente con la dictadura, y si te fijas el tipo (Heredia) entre otras cosas, empieza a visitar a distintos torturadores, violadores de derechos humanos y va recogiendo las respuestas que están en la sociedad chilena, está [quien se encuentra] absolutamente alcoholizado, perdido, que incluso pide perdón, está el otro milico retirado que vende casas que está en la otra posición, de que no tiene nada de qué arrepentirse, o sea de alguna manera en una serie de personajes con los que Heredia interviene en el desarrollo de la pesquisa, trato de dar cuenta de las visiones que pueden haber dentro de Chile de lo que fue y la importancia que pueda tener o no puntualmente el tema de los derechos humanos y de lo que pasó durante la dictadura. La víctima es una persona que actúa con lo único que nos lleva a reflexionar sobre esa historia vivida que es la memoria, que es un tipo trabaja en la funa, que busca culpables y trata de que se conozcan las historias de ellos como gesto de memoria, porque en definitiva la memoria termina siendo una forma también de rescate de la verdad, de justicia. (Concha, 50:40)

De esta manera, el gesto de la *funa* se torna, también, en un ejercicio de memoria endriaga y, a su vez, en un acto de justicia a los ojos de Heredia. De hecho,

esto hermana las figuras del detective y de la víctima de esta novela, el Sr. Reyes, debido a que ambos buscan la verdad y la justicia.

1. La realidad de un Santiago post dictadura

Heredia conoce a la ciudad de Santiago y la comprende. Recorre sus calles como si fueran accidentes geográficos, con simas y espacios de profunda perturbación, de modo que la propia novela se transforma en una instancia de desalienación de la ciudad, la que, como dice Jameson refiriéndose a la obra de Kevin Lynch, “[...] supone la real reconquista de un sentido de lugar, y la construcción o reconstrucción de un conjunto interrelacionado que pueda ser retenido en la memoria, y que el sujeto individual pueda trazar y volver a trazar en un mapa en los momentos de trayectorias alternativas” (Jameson 82).

Heredia pareciera estar en la búsqueda de aquella dimensión simbólica del sujeto post moderno que permite aprehender la ciudad de Santiago y sus habitantes, constituyéndose en aquel nuevo arte político que, si bien acepta que el objeto fundamental del postmodernismo es el espacio mundial del capital multinacional,

[...] al tiempo [logra] abrir una brecha hacia un nuevo modo aún inimaginable de representarlo, mediante el cual podremos nuevamente comenzar a aprehender nuestra ubicación como sujetos individuales y colectivos y a recobrar la capacidad para actuar y luchar que se encuentra neutralizada en la actualidad por nuestra confusión espacial y social. (86)

Así, Heredia entra en el espacio de lo simbólico. De ahí su decepción y rechazo permanente al comercio y la banca, su actuar en los bordes, aquellos espacios en donde es posible la resistencia. No por nada Díaz Eterovic sostiene que: “Heredia tiene más años, pero sigue en su rincón de siempre aferrado a algunas cosas que todavía van quedando” (Concha, 1:03:15).

Las calles de Santiago tienen historias ocultas, los “genios del pasado” la pueblan y cada uno de sus habitantes crea una ciudad diferente en la medida que recorren los espacios y los hacen suyos. Así, Heredia, desde su propia subjetividad, reconoce a Santiago: “[...] fumando con la mirada perdida más allá de la ventana que daba al río Mapocho y al barrio La Chimba, por donde rodaban los fantasmas ebrios de Rubén Darío y Pedro Antonio González” (Díaz Eterovic, *La oscura* 12) transformando la oscuridad de un barrio de Santiago en un recuerdo luminoso y poético. En este sentido, Díaz Eterovic piensa que lo anterior tiene que ver con:

[...] la memoria y la ciudad porque, por ejemplo, se me ocurre que por la calle Catedral frente a la iglesia ahora hay unos negocios peruanos, pero ahí en los 80’ funcionaba una especie de toples donde se juntaban los “gallos” de la DINA que planificaron la muerte de Tucapel Jiménez, entonces me interesa hacer esa relación porque podemos estar tomando este café acá y bajo el piso puede haber un muerto, o mataron a alguien. Cuando uno rescata ciertos espacios de la ciudad también está rescatando no solamente esa historia urbana, arquitectónica, sino que muchas veces lo que pasó en esa esquina, en ese lugar [...] Santiago es una ciudad que hace muy pocas cosas por recordar eso, ni siquiera respecto de sus figuras, tú no encuentras una placa que diga aquí vivió Neruda o aquí detuvieron a tal persona. París está lleno de placas que dicen aquí calló Juan Pérez peleando en la resistencia, entonces relacionar ciertos hechos, no necesariamente criminales, ni que tenga que ver con muertes de derechos humanos, puede ser cosas tan simples como mencionar que al frente de donde estamos cantó por primera vez Gardel, o como Rubén Darío tenía un amante y, [se] perdía en La Chimba durante semanas. (Concha, 56:38)

Ramón Díaz Eterovic se reconoce como un amante de Santiago y a través de su obra se ha venido configurando en uno de los autores que le da voz a la urbe, reconociendo el imaginario urbano cambiante de la misma, testigo de los vaivenes



de la ciudad y del país, podríamos incluso decir que lo que plantea Lucía Guerra respecto de Nicomedes Guzmán, resulta válido respecto de Díaz Eterovic, en cuanto: “[...] la narración proviene de un habitante de esa comunidad social que se contrapone a la comunidad imaginada de la nación y constituye una comarca en la cual brota el germen de la lucha social” (Guerra, “El conventillo” 118). En la lógica binaria de lo culto y lo salvaje, Santiago centro cada vez se constituye más en la zona de la barbarie, propio de una ciudad que, al menos desde la dictadura, segrega a los más pobres y transforma la urbe en dos espacios desconectados, en donde la riqueza y la pobreza no se cruzan.

Los espacios son observados y constituidos por sus habitantes. Solo así se produce el imaginario urbano. Heredia reconfigura un Santiago que emerge a partir de su propia memoria y, también, de la memoria colectiva. De ahí que no vea el Barrio Recoleta, sino que el Barrio de La Chimba. El detective proyecta su visión de mundo y recuerda a través de un viaje simbólico, una memoria que pertenece a todos, la de dos poetas que –contra toda lógica- recorrieron juntos los barrios populares de Santiago. De esta manera, el detective, como dice Guerra, se logra constituir como:

[...] el sujeto que habita la ciudad [y que] proyecta en ella su propia memoria, sus afectos y desafectos, su visión del mundo teñida por su acervo cultural y el lugar que ocupa en la sociedad añadiendo otros significados que hacen del espacio urbano una fermentación inacabable de signos. Fermentación que oscila entre el orden y el desorden dando origen a constantes encrucijadas en las cuales se entrecruzan, como ha señalado Fredric Jameson, la historia con la imaginación, la perspectiva ideológica del habitante urbano con la voluntad demiúrgica de quienes la fundaron y de aquellos que continúan construyéndola. (Guerra, “El conventillo” 17)

La memoria no es un constructo etéreo. Más bien se encuentra en la piel de los habitantes de Santiago, esto es, en el espacio simbólico de sus calles. Por lo

anterior, es relevante la reflexión de Maurice Halbwachs en orden a que: “Nuestra memoria no se basa en la historia aprendida, sino en la historia vivida” (Halbwachs 46). En *La memoria colectiva* Halbwachs piensa sobre lo colectivo y muestra como la memoria histórica se confunde con la memoria individual y confluye en una memoria que se pretende común. Aquello será de importancia fundamental al hablar de las víctimas de la dictadura, puesto que Halbwachs se refiere a la relación que existe entre la memoria individual de quienes han sufrido actos traumáticos, más vívida a causa del dolor y, la memoria colectiva enriquecida por estos relatos. Por ello, este señala que la memoria colectiva se conforma con la convergencia de estas múltiples memorias individuales, y viene a reforzar los recuerdos individuales, a generar un “engrosamiento” de la memoria y da con ello mayor relevancia a lo vivido, cuestión que en *La oscura memoria de las armas* se puede observar al recorrer Heredia los senderos de la memoria, tanto propia como de la víctima cuya muerte investiga, incluyendo además la memoria en disputa, la de los propios victimarios. Este trabajo hace evidente que la memoria colectiva cruza los límites de la memoria individual, pretendiéndose histórica. En situaciones donde las versiones son divergentes, donde se niega la realidad de las víctimas y se construye otra “verdad” que pretende anular, por ejemplo, los relatos de la Comisión Nacional sobre Prisión Política y Tortura (Comisión Valech) este ejercicio se torna aún más importante pues la memoria colectiva se ve interferida al existir versiones diferentes del mismo periodo histórico. En consecuencia, encontrar la verdad y darle la relevancia que merece a la existencia de las violaciones de los derechos humanos de la dictadura de Pinochet, se transforma en un ejercicio de memoria endriaga, esto es, de memoria sobre el mal y sobre quienes lo perpetran. En el ejercicio de aquella, Heredia lee el Informe de la Comisión Valech, se transforma en testigo de los relatos de las víctimas y participa de una de las funas, lo que es tan importante como encontrar a los culpables de la muerte de Reyes. Halbwachs afirma en este sentido:

Para que nuestra memoria se ayude de la de los demás, no basta con que éstos nos aporten sus testimonios: además, hace falta que no haya dejado de coincidir con sus memorias y que hayan bastantes puntos en común entre unas y otras para que el recuerdo que nos traen pueda reconstruirse sobre una base común. Para obtener un recuerdo, no basta con reconstruir pieza a pieza la imagen de un hecho pasado. Esta reconstrucción debe realizarse a partir de datos o nociones comunes que se encuentran en nuestra mente al igual que en la de los demás, porque pasan sin cesar de éstos a aquélla y viceversa, lo cual sólo es posible si han formado parte y siguen formando parte de una misma sociedad. Sólo así puede entenderse que un recuerdo pueda reconocerse y reconstruirse a la vez. (26)

A pesar de que su estudio sobre la memoria se ve interrumpido por su muerte a manos del mundo nazi, Halbwachs no reduce la memoria colectiva a un relato único, oficial, hegemónico, sino que finaliza diciendo que en una sociedad existen multiplicidad de memorias colectivas, en un espacio común donde el recuerdo de otro puede ser reconocido como propio y así hacerlo comunidad, cuestión que es precisamente parte de la función de cada texto literario. Michael Pollak ha reflexionado sobre estos temas en su artículo “Memoria, olvido y silencio” refiriéndose al trabajo que hiciera Halbwachs con su idea de memoria colectiva, apuntando a que este reconoce los otros relatos, las memorias divergentes que la “memoria nacional” pretende dejar fuera del imaginario nacional, lo que ya hemos introducido como “la memoria en disputa” y que Pollak observa en algunos episodios históricos, como en la historia rusa cuando la figura mítica de Stalin (“el padre de los pobres”) es cuestionada, de modo que aquella memoria que se pretende oficial, nacional y colectiva, es rechazada y resignificada, saliendo a la luz los relatos orales que conservan las víctimas, resguardados en el espacio de la intimidad familiar:

Este ejemplo muestra también la supervivencia, durante décadas, de recuerdos traumáticos, recuerdos que aguardan el momento propicio para ser expresados. A pesar del gran adoctrinamiento ideológico, estos recuerdos durante tanto tiempo confinados al silencio y transmitidos de una generación a otra oralmente, y no a través de publicaciones, permanecen vivos. El largo silencio sobre el pasado, lejos de conducir al olvido, es la resistencia que una sociedad civil impotente opone al exceso de discursos oficiales. Al mismo tiempo, esta sociedad transmite cuidadosamente los recuerdos disidentes en las redes familiares y de amistad, esperando la hora de la verdad y de la redistribución de las cartas políticas e ideológicas. (Pollak 4)

Las razones políticas o personales del porqué las víctimas silencian las historias personales, pareciera derivar en la culpa, la propia y de los otros, que se torna insoportable y que trasciende generaciones. Quizás aquello permita dilucidar en parte cómo superar las divisiones en las sociedades fracturadas, la alemana, la austriaca, la francesa, la española, la chilena, todas con historias donde unos vulneraron (o permitieron que se vulneraran) los derechos de los otros. Si la culpa de no haber hecho lo suficiente, de haberse equivocado en la apreciación del peligro, de traicionar a los compañeros luego de la tortura y el miedo, se torna asfixiante para las víctimas, también la culpa del silencio, de la delación de un otro envidiado o temido, de la vista gorda, golpea también a quienes no fueron víctimas, quienes en su invulnerabilidad no vieron o no quisieron ver, dejando sobre ellos el peso del dedo acusatorio de las víctimas. La relación entre unos y otros se torna en tóxica, de un mal vivir que termina finalmente en silencio, tanto para la auto protección de las víctimas y su supervivencia en una nueva sociedad que no alienta la memoria, como para la protección de las futuras generaciones que no deben conocer la culpa de sus padres. Pollak acierta en esta visión tenebrosa de la memoria y permite pensar en los pasos de Heredia por la ciudad de Santiago desde otra perspectiva, la culpa de la hermana fascista de Reyes, el silencio auto impuesto de

algunas víctimas y el olvido de la sociedad, no harán más que incentivar a Heredia a ser parte de quienes hacen frente a la impunidad, el silencio y el olvido, con las funas. Heredia reconoce esta culpa y los mecanismos para evitarla de ahí el diálogo que se produce entre el detective y la hermana de la víctima, Virginia Reyes:

-Fue durante el primer año de la dictadura. Mi marido y yo éramos contrarios al gobierno de la Unidad Popular, y cuando despidieron a Germán pensamos que sería algo pasajero, un buen susto para luego volver a la vida de siempre. Nos equivocamos y no supimos reconocerlo a tiempo. Mi marido no dio nunca su brazo a torcer respecto de los crímenes que se cometieron. Además, en esa época había muchos hechos que se desconocían. Usted debe recordar...

-Recuerdo que la verdad estaba en el aire, al alcance de todos –dije, interrumpiendo a la profesora-. No creo en los hipócritas que dicen haber estado desinformados o metidos en una burbuja que les impedía ver lo que estaba pasando. Es una excusa que huele a podrido. (Díaz Eterovic, *La oscura* 52)

Así, victimarios y cómplices civiles se esconden de su propia responsabilidad en los crímenes dictatoriales, sin embargo, en los lugares en donde se ha ejercido la violencia, en especial, la política, surgen sitios de memoria que impelan a no olvidar. Monumentos o placas recordatorias aluden a una memoria compartida y al conflicto que esta representa; estos tienen un impacto en la comunidad por constituir espacios que llevan no solo a descubrir la relación entre memoria, historia y espacio público, sino que además relevar la importancia de la memoria oral de las comunidades:

En función de ello, la construcción de la memoria histórica [...] reclama a la oralidad como elemento central, no solo en lo metodológico, sino porque valoriza el aporte de los habitantes del lugar, en tanto poseedores

de una reflexión acerca del territorio y el devenir que han desarrollado en él. (Rodríguez 174)

De esta manera, los habitantes construyen simbólicamente la ciudad y este nuevo uso del espacio público, intenta reconstruir una historia-memoria del lugar. Por otro lado, los espacios de memoria que conmemoran la pérdida y el dolor son, como dice Camila Espejo, espacios:

[...] que indefectiblemente van a querer ser al menos señalados, idealmente ocupados por las víctimas sobrevivientes y deudos, en una situación semejante a la de la animita, se convierten en un lugar que obtiene una cierta aura de sacralidad y simultáneamente una espectralidad fantasmagórica, se transforman en caldo de cultivo para la mitologización.
 (5)

Estas manifestaciones de la memoria refieren a la disputa que existe en la memoria social respecto de lo que es digno de ser memorializado y, la forma en que dichos espacios se instalan en lo público, se organizan y cumplen su función de ser memoria colectiva. Auschwitz, Londres 38 y Villa Grimaldi son testimonios memorialísticos que muestran al mundo como sucedió lo inaudito, lo sublime negativo y el horror.

Por último, resulta fundamental la mirada de Lucía Guerra en torno a los imaginarios urbanos, en especial, en cuanto al mapa cognitivo que surge de las ciudades al recorrer sitios que transforman la mente del observador. En esos espacios, que contienen recuerdos individuales y colectivos, la reflexión de los habitantes puede procesar y situar el espacio compartido, permitiendo: “[...] un “volver a ver” que permite la síntesis, el énfasis moroso en ciertos retazos de lo recordado, la modificación imaginativa de “lo que fue” (“Trayectorias” 93-94). Guerra piensa en los espacios ocultos, los conventillos de Santiago, los espacios tomados, las tierras de nadie, donde “[...] los habitantes [son] un otro colonizado

que sólo recibe las resonancias de la autoridad de la nación y ninguno de sus privilegios” (“Imaginario urbano ” 125-126) donde se produce una relación del tipo “sublime negativo” con el Estado, el que interviene solo para abusar y reprimir, pues al pobre se le rechaza y margina, y –vanamente- se le intenta ocultar. La ciudad al tiempo que rechaza al pobre, se ve impedida de evitar su irrupción, y así los sujetos que atentan contra lo hegemónico, los vagabundos, los locos, los “manifestantes” de hoy:

[...] no sólo producen una interrupción en ese orden sino que también resquebrajan las paredes de ese significado inicial haciendo del territorio urbano, un espacio de simultaneidades raciales, sociales y genéricas que corren a la par de las jerarquías impuestas por el grupo hegemónico. (Guerra, *Ciudad* 13)

Los espacios de la urbe se observan y constituyen a través de sus habitantes, incluso por los rechazados. Los autores del género negro miran al sujeto que habita la ciudad, lo ven padecer y no se limitan a los discursos hegemónicos y moralizantes, van hacia lo que la academia desconoce: el hambre, la vulnerabilidad social, la locura, en esa “fermentación que oscila entre el orden y el desorden” (Guerra, *Ciudad* 17) y que continúa, imperturbablemente, imaginando y recreando la ciudad que se habita. Por ello, no es raro que García-Corales se refiriera al detective como un existencialista que hace uso de una memoria lúcida, puesto que su mirada no solo deviene en mera contemplación sino que en la reflexión cotidiana que surge del auto conocimiento:

[...] como una expresión relevante de la ética de la lucidez, la memoria se convierte en un eje significativo de la novela, como lo adelanta su título. Si en previas lecturas Heredia se había caracterizado como el hombre que pregunta, ahora le correspondería denominarse como el hombre que recuerda. No solamente está obligado a recordar para resolver el caso en

que se ocupa, sino que reflexiona sobre la memoria entendiéndola como una manera crítica de situarse en el mundo, lo cual lo impulsa incluso a conmemorar a las víctimas del fascismo chileno. (98)

Heredia transita las calles de Santiago a través de los surcos de su memoria, ve en el Barrio La Chimba a los poetas, y con ello, Díaz Eterovic entrega a sus lectores una memoria que, de otra manera, podría estar perdida. De esta forma, Heredia se constituye en un ejercicio de memoria y hace de ello, como dice Laura Rodríguez, una forma de conmemorar el pasado:

La memoria es fundamental para vivir el presente e impulsar a una comunidad hacia el futuro. De esta manera, surge la post memoria, definida en términos de transferencia de relatos de memoria intergeneracionales. La memoria se activa a través del ejercicio y de la interpelación, por ejemplo, con las conmemoraciones. (Rodríguez y otros 176)

De la misma forma, recorre las calles Catedral y Aillavilú y con ello va recordando y trayendo al presente los datos necesarios para reconstruir una historia que conoce solo a pedazos, la historia de quien ha sido asesinado y cuya verdad pugna por salir desde un montón de revistas viejas y recortes de torturadores, configurándose -como diría Pino- en un detective anti-estado, en un país que: “[...] oculta sus verdades tras una capa de mentiras consensuadas.” (Díaz Eterovic, *La oscura*, 48) donde a veces el silencio y el olvido son, como dice Colodro, una “[...] estrategia de sobrevivencia de una memoria que ha optado por el olvido” (66). El ejercicio de memoria situada de Heredia, deviene en una memoria endriaga cuando se sitúa en los espacios del horror en donde se conmemora a las víctimas de la dictadura, lo que se hace patente cuando concurre a Villa Grimaldi, donde es testigo de la intensa lucha de Yolanda por no perder su historia familiar:



Mientras yo siga en pie, las historias de mis tíos y de mi padre tendrán algún sentido. No sé qué pase después. La sociedad en la que vivimos no permite ser muy optimista respecto al futuro. El tiempo todo lo traga, y ellos, como tantos otros, serán olvidados. Sólo serán nombres grabados en una piedra. (Díaz Eterovic, *La oscura* 91)

De esta forma, las historias personales llenan de sentido las páginas del libro de Díaz Eterovic, y en ellas, también están los vacíos, los espacios en donde la vida transcurre más allá de la memoria y que, tal como dice Deleuze, “Quizá todo consista en no moverse demasiado, evitar los falsos movimientos, residir allí donde no hay memoria” (118). No obstante, la sentencia deleuziana es impugnada por la manera de operar de Heredia, quien no consiente la elección del olvido. Es más, desde el epígrafe de la obra se inicia una historia que recurre permanentemente a la memoria y refuerza la idea de que el pasado alcanza a los habitantes de la urbe en un movimiento simbólico y real situado en el Santiago marginal: “Tenían, también de sobra, imágenes de horror y miseria humana, relámpagos de una memoria indeseable, y un pasado que nunca será lo suficientemente lejano para olvidarlo” (Chavarría, cit. en Díaz Eterovic 9). Ramón Díaz Eterovic se esfuerza por efectuar, entonces, un ejercicio memorialístico en los sitios donde transcurre su existencia:

[...] si tú te paras frente al Haití o el Caribe, todos los días verás las mismas caras [...] Una vez, como siempre ando con la oreja parada, caché que se juntaban ahí tres viejos que deben haber sido milicos en la época de la dictadura, un tipo hablando de “mi general esto” “mi general esto otro” de repente uno echa a andar “la máquina” y dice: estos vejetes que tú ves ahí, todos medio desarmados, capaz que en que cosas estuvieron. [En] *La oscura memoria* quise exagerar eso hasta el punto de que el vecino es [el asesino], me puedes acusar que es muy armado, pero yo lo hice con esa intención, de pronto uno no sabe con quién habla. (1:36:20)

Precisamente, esa misma habitualidad del ejercicio de la memoria situada conduce a la siguiente reflexión de Miriam Pino:

La memoria inscrita en el discurso de Heredia nos dice que la ciudad es un conjunto de signos que codifica historias para memorizar y un espacio amenazado por el progreso. En este sentido, se trata de una memoria de los lugares y es una apuesta por la identidad social, la del margen prostibulario y proletario (Pino 1)

De esta forma, Heredia ingresa, también, a los bares y conoce a los parroquianos de cada lugar donde se puede beber una caña de vino barato: “Anselmo puso candado a la cortina metálica de su quiosco y con paso cansino se encaminó hacia el “Bar Touring”. El resto del vecindario continuaba con su ritmo habitual” (Díaz Eterovic, *La oscura* 97). Aquella identidad social hace a Heredia un observador del mundo popular. Su origen -es huérfano y pobre- y la decisión de ser un detective anti sistema y anti Estado, genera que su ejercicio de observación de la ciudad y de sus habitantes se constituya en un nuevo referente de la novela social chilena. Su personaje Anselmo, el “quiosquero” no es cualquier personaje secundario, muchas veces funciona como el Sancho Panza del detective, en ese aterrizaje forzoso que le provoca al hacerle reconocer que la vida está hecha de cosas simples, de momentos para compartir una copa en el bar de la esquina. De hecho, Heredia rinde culto al Quijote, le menciona y le augura buena salud, en esa continua intertextualidad de la que el autor se vale durante el transcurso de la novela (Díaz Eterovic, *La oscura* 18). Asimismo, Heredia juega con la memoria, usa la ironía y el humor como forma de distanciarse de los casos que investiga, así elabora en su memoria un juego con el conserje de su edificio al que insiste en decirle Feliz Domingo, en vez de Félix Domingo, permitiendo un diálogo con un sujeto invisible al que dota de inocencia y serenidad. Sin embargo, esta novela social se radicaliza en las manos del autor, ya no basta con retratar las clases populares y las peripecias propias del sobrevivir, sino que se adentra en la opresión estatal, en la maldad más



pura de la dictadura, que afecta en mayor medida a los pobres y humildes. En este sentido, al descubrir al asesino de Reyes no solo recorre los caminos de un hombre sencillo (su pieza, sus pocas pertenencias, sus rencores y dolores), sino que también esboza una memoria situada en el Santiago de la transición, el que deviene en una memoria endriaga, con un Heredia que la usa como su última forma de resistencia, puesto que el detective se configura en un testigo, y los testigos recuerdan a pesar del horror que puedan enfrentar:

Heredia se define como un testigo, y en ese sentido sigue observando la sociedad, analizando sus carencias, asumiendo casos que tienen que ver con problemas de atropellos presentes en nuestra realidad. Sus principios no han cambiado y por lo tanto sigue siendo un resistente a todo tipo de injusticia y desigualdades. (Hernández 1)

El autor introduce al lector a lugares que existen más allá de la realidad ficcional, bares que pueblan las historias reales de los habitantes de Santiago, la pieza solitaria de un hombre atormentado, el pesar de una hija, de un país y recuerda, continuamente, que el pasado alcanza rápido a quien no tiene donde ocultarse, dejando espacio dentro del imaginario literario nacional a un Santiago herido, retratando lugares que, de otra forma, estarían reclusos a relatos testimoniales, como los tormentos de Villa Grimaldi. El Santiago de Heredia constituye, en definitiva, un personaje más de la saga, un personaje que muta con el paso de los años al encontrarse frente a la presión de un mundo globalizado:

[...] en algún momento me propuse trabajar con Santiago, con la ciudad, casi como un personaje más. Primero porque sentía que la ciudad no aparecía tanto en la narrativa chilena, como podría ser -que se yo- Buenos Aires por los escritores argentinos, claro, habían cosas antiguas pero de lo más nuevo como que transcurría en otros espacios, por lo menos no era Santiago centro digamos, y por otro lado, notaba que toda esta parte donde

estamos, es una parte que cambia todo el tiempo, que la picota funciona con velocidad y energía y entonces yo encontraba y sigo encontrando que hay muchos lugares que desaparecen, ¿no? Por ejemplo el Santiago que conocí cuando me vine a estudiar de Punta Arenas el año '74 al de hoy, hay muchos espacios que ya no existen, cafés, el mismo centro de Santiago era un centro más tradicional, con cafés y bares que eran más antiguos, más tradicionales, con otro estilo, donde no había esa prisa que pueden tener ahora estos lugares de comida rápida, las mismas tiendas eran diferentes, no habían Mall, era todo como en otro ritmo, y de pronto en los '80, '81, por ahí empieza a aparecer otro Santiago, un Santiago que quiere ser más gringo, por decirlo así. (Concha, 9:24)

Bajo esta perspectiva, Santiago es un personaje que envejece, moderniza, desacraliza, pierde sus tradiciones y el flujo del tiempo no es el mismo que en el pasado, como tampoco son iguales los espacios de convivencia de sus habitantes. Se ha perdido el Café Santos y su rutina diaria de parroquianos, la tertulia de la tarde y la ciudad que antes se demoraba días en recorrer, hoy se ha convertido en espacios de tránsito rápido en “[...] un acercamiento que solo conduce a la soledad” (Concha, 17:47) como reflexiona el autor con un dejo de tristeza que es el mismo que impregna en sus obras. En *La oscura memoria de las armas* aquello se puede observar en la ternura de Heredia frente a la cambiante ciudad:

Me senté en un escaño de la calle Estado y aspiré el aire nocturno de la ciudad que amaba. Pensé en alguna melodía de Piazzolla y en una película de Wim Wenders en la que Dashiell Hammett tecleaba su máquina de escribir a la luz de una ampolleta. Miré a la gente que pasaba por mi lado y me dije que toda persona contenía en sí misma la promesa de una historia digna de contar. (74)

Los efectos de la dictadura son amplios. El Santiago que retrata Díaz Eterovic está situado poco después del término de la dictadura de Pinochet, y aquello se siente en la ciudad. De ahí que Díaz Eterovic establece en un mail que sirve como corolario a la entrevista:

[...] la dictadura se apoderó de los espacios de la ciudad y le trató de dar un tono de autoridad, de disciplinar los espacios en cuanto a que no sean intervenidos por los colores ciudadanos y menos aún por las consignas opositoras. La ciudad se puso gris, rígida. La ciudad gris y ordenada que se ve a la luz del día, con las primeras sombras empieza a verse triste, opaca, siniestra en algunos casos. Una ciudad que empieza a vivir sin noche. Se cierran lugares de encuentros, teatros, boîtes, etc. En los primeros años sobre todo, en los bares hay una atmósfera de desconfianza. No se sabe quién bebe a tu lado. Qué es lo que escucha o ve. Aparece, sobre todo en los años 80', una ciudad con espacios sórdidos, como los toples o los cafés con piernas, que muestran una realidad de la que poco se habla. Lugares, algunos, que con el tiempo, sirvieron de punto de encuentro para la policía secreta [y] la sociedad siniestra, que se presiente o se intuye por las sirenas o los autos a gran velocidad en horario de toque de queda. Sonidos que podían significar que alguien había caído, que los asesinos estaban haciendo su trabajo. (Concha)

Santiago se torna oscuro, tanto que los sujetos endriagos del Chile post dictadura, verdugos y torturadores de esta novela policíaca y social, pueden cazar a plena luz del día.

2. Memoria endriaga, una forma de enfrentar a los sujetos endriagos

La memoria surge como relámpagos ante los ojos de Heredia. Escucha la descripción de los asesinos de Reyes y se hace preguntas destinadas a pensar y a descubrir -a través de su razonamiento- a quienes tomaron la vida de este hombre, que no es nada menos que una víctima de la dictadura. Díaz Eterovic muestra a los asesinos de Reyes de la siguiente forma: “Dos tipos viejones vestidos como jovencitos pandilleros” (Díaz Eterovic, *La oscura* 37), de modo que la indumentaria, el imaginario detrás de la imagen de los asesinos, es el de las pandillas norteamericanas, pero trae también a nuestra imaginación los lentes oscuros detrás de los que se escondían los asesinos de la dictadura, relevando su modo de operación: a plena luz del día, sin cubrir su rostro, dando cuenta de la sensación de invulnerabilidad propia de los sujetos endriagos. ¿Cómo es posible, entonces, que estos sujetos actúen sintiéndose protegidos y amparados por una sociedad que no ve la muerte? En la perspectiva de Sayak Valencia esto responde a los siguiente:

[...] se ha roto el pacto civil y se ha roto también el tabú de “el horror por el cadáver como signo de violencia y como amenaza del contagio de la violencia”. Con la ruptura de dicho tabú nos precipitamos hacia un estadio insondable en toda su brutalidad que nos sitúa en el límite de lo argumentable. (111)

Valencia habla de un tipo de violencia que recorre el mundo del capitalismo gore, aquel constituido en las fronteras entre el primer y el tercer mundo, sin embargo, dicha violencia –asqueante- se puede observar en los aparatos de represión de la dictadura de Pinochet, en los sujetos insertos en aquella economía del horror, que son a su vez sujetos endriagos, seres humanos cuya crueldad los ha hecho devenir en monstruos y que harán cualquier cosa para mantener el poder y sus privilegios. El logos “Violencia” tiene diversas magnitudes y espacios donde

opera, desde la simbólica y estructural hasta la física y material. En su obra, Díaz Eterovic expone al lector a la violencia y su protagonista es plenamente consciente de su uso:

Recordé los testimonios recopilados en el libro que me había dado Campbell y me pregunté si alguna de las personas que me rodeaban se había dado el trabajo de leerlo, o si para ellas había sido una noticia pasajera, desechable, como los resultados del fútbol o el pronóstico del tiempo en la televisión. Los horrores del pasado eran una moneda devaluada y después de algunas declaraciones de buen gusto de algunas autoridades y personeros políticos, el informe había ido a dar al cajón de los trastos inútiles. Los demás, los que bebían un café todas las mañanas, pagaban cuentas y cumplían horarios de oficina, seguían el ritmo impuesto por los medios de comunicación y preferían comentar el último episodio de la farándula y no preguntarse dónde estaban o qué hacían cuando la noche clausuraba las puertas de las cárceles clandestinas, o el muchacho de la esquina era subido a un auto que lo trasladaba hacia un pasaje que la mayoría de las veces era sin salida. Culpas, olvido, miedos, complicidad, indiferencia. El horror convertido en un par de frases ambiguas en los manuales de historia. (Díaz Eterovic, *La oscura* 74)

De esta forma, desde la lectura del horror contenido en el Informe de la Comisión Nacional sobre Prisión Política y Tortura, se nomina a la crueldad a través de un informe que es real y reconocido como verdad, pero que ha sido olvidado. Con este acto de memoria, Díaz Eterovic le da relevancia a los hechos del pasado. Así, el detective Heredia se pregunta por el contenido de los pensares de aquellos que -como él- beben el café de Santiago: Culpas, olvido, miedos, complicidad, indiferencia, elementos de la consciencia de sus vecinos, de los habitantes de la urbe, quienes enfrentados al horror estatal, reaccionan casi siempre con la evasión, tal como lo hace la hermana de Germán Reyes, quien con su relato,

mueve a Heredia entre los vacíos de la memoria. Quizás por eso Díaz Eterovic señala:

Del pasado nos llega la memoria de las dictaduras y sus crímenes de todo tipo, y en la actualidad están sus sistemas políticos y económicos que favorecen los negociados y situaciones criminales como parte de ellos. También está el fenómeno de la violencia urbana y del narcotráfico que, en casos como el de México, ha dado vida a todo un subgénero dentro de la narrativa policial. La violencia, la relación del poder con el crimen, y el crecimiento de la marginalidad son variables en la que se incuban muchas historias que pueden ser contadas desde los códigos de la narrativa policial. (Hernández 1)

De ahí que las historias de Ramón Díaz Eterovic se enmarquen dentro de una crítica a la sociedad chilena y que, en el caso de *La oscura memoria de las armas*, sea el horror de la dictadura lo que haga de Heredia un testigo, calidad que el detective ejerce “[...] sin otra pretensión de ir testimoniando lo que nos toca vivir” (Díaz Eterovic, “A propósito...” 13) y que es más relevante en el caso de una víctima como Reyes, quien ya había sufrido tortura y prisión. El autor refiere además que la idea de escribir novelas negras en Chile u otros países de latinoamericanos surge por ser un género apropiado para describir la realidad de las dictaduras:

[...] al neopolicial latinoamericano lo veo como una reacción literaria a todo el fenómeno común en Latinoamérica de gobiernos dictatoriales y corruptos y, una de las características que se le atribuyen es que al contrario de lo que pasa en la novela norteamericana o buena parte de la europea, falta en estas novelas una creencia en la justicia real, si tú piensas, un detective en las novelas norteamericanas siempre termina entregando el culpable a un juez, hay confianza en el poder judicial de sus sociedades,

en Chile no, en América Latina no, de repente, al mismo Heredia le pasa que cuando descubre alguna cosa, deja que la policía investigue lo que queda, pero siempre emite algún juicio dudoso: “espero que tenga una buena condena”. (Concha, 1:30:00)

Ramón Díaz Eterovic confirma, de esta manera, la línea de reflexión trazada por autores tales como Juan Armando Epple en *Aproximaciones al neopolicial latinoamericano* o Alexis Candía en “Luna caliente: el séptimo círculo argentino” en cuanto a que ambos señalan que la nueva novela policial nace a partir de la crisis histórico-cultural que se produce con el surgimiento de las dictaduras latinoamericanas. De ahí que los procesos históricos vivenciados por los autores de las novelas que se consideran parte del Neopolicial Latinoamericano, generen la necesidad de recrear o denunciar la realidad oculta a los medios de comunicación y a un porcentaje no menor de la población. Por ello, Heredia es cauto. Mientras no tiene la certeza del porqué de la muerte de Reyes, rememora la historia cercana del país, piensa en las víctimas de la dictadura y en su propia fractura existencial:

El horror emergió de la pluma del poeta, recordándome que cada uno de mis pasos estaba asociado a un pasado que había dividido mi vida en dos. La edad de la ilusión y la época del asco, de la que no podía escapar, como no podía abandonar mi piel en el canasto de la ropa sucia ni dejar de creer en la incansable esperanza que cada mañana me impulsaba a acercarme a la ventana para ver si el sol seguía en su lugar. (Díaz Eterovic, *La oscura* 103)

De la misma manera, consciente y ahora ejerciendo una memoria que deviene en endriaga, Heredia enfrenta a los ex miembros de la dictadura que siguen actuando con total impunidad, asesinando en democracia para protegerse de posibles juicios y de la exposición pública a la que son sometidos por las *funas* y su posible rechazo social. Protegen de este modo el bienestar obtenido al asesinar

y torturar a sus víctimas, puesto que aquello no fue solo una actividad ideológica de protección contra el “demonio del marxismo”, sino que también un modo de adquirir poder, riqueza y pensiones. De ahí que Valencia sostenga:

El hecho de que estos expertos en violencia hayan sido entrenados por el gobierno dinamita la división simple entre los insurrectos y las fuerzas del orden. Ya que transcodifica esos registros y crea otros, donde los conocimientos sobre violencia se convierten en una mercancía que se rige por las lógicas mercantiles de la oferta y la demanda. (47)

Los sujetos endriagos están conscientes de su nula importancia en un mundo donde prima el valor del dinero. Así, los ex agentes de la dictadura saben que no tienen futuro puesto que, al ejercer y ejecutar la represión, han optado por un modo de vida al margen de la sociedad, esconden por ello sus actividades pasadas, la vulneración a los derechos humanos, que -como sujetos endriagos que son- justifican, usando cualquier medio como mecanismo de control y de mantenimiento del poder. Valencia dice: “[...] este tipo de acciones que rompen atrozmente con el discurso humanista no tienen su genealogía en la subjetividad endriaga sino que exponen el rompimiento del pacto humanista ejecutado antes de la aparición de dicha subjetividad gore” (84). Heredia mira el Santiago actual en que la violencia (incluida la sistémica) ha dejado su marca en cuerpos y espacios, la memoria situada que él ejerce al recordar a los poetas de Santiago, deviene en endriaga al enfrentarse a personas que, no teniendo nada que perder, van por el margen social protegiendo el poder de muerte que han adquirido con el uso de la violencia y, para ello, son capaces de destruir a otros impregnando a Santiago con su huella de muerte y desolación.

Díaz Eterovic sostiene en este sentido que: “Los ex agentes durante la dictadura son los dueños y controladores de la ciudad. Tienen sus espacios, sus lugares “de trabajo”. (Hay sitios que la gente menciona, en voz baja, como si se mencionara el infierno)” (Concha, Corolario a entrevista). Estos espacios infernales



del Santiago dictatorial son reemplazados, de alguna forma, con los espacios de la memoria, tal como, por ejemplo, el mural que recuerda el asesinato de Jécar Nehgme, dirigente del Movimiento de Izquierda Revolucionario (MIR). En esta dirección, la memoria situada de Santiago se transforma en el ejercicio de su pesimismo existencial, en una memoria endriaga, donde sus calles están unidas irremediamente al terror usado en el ejercicio del poder: “[...] en esos textos el ademán delictual no es visto como el producto de una mentalidad retorcida, extraña a la normalidad del orden imperante, sino como una manifestación de los desequilibrios que el detective percibe en el medio donde se produce el delito” (García-Corales 95).

El detective ve la ciudad transformada con la violencia que el sistema ejerce en sus habitantes, y reflexiona sobre ello, ejerciendo esa ética de la lucidez que refiere García-Corales:

Heredia se rebela en contra de su entorno de sesgos posmodernos correspondiente a la ciudad de Santiago de principios del siglo XXI, donde se han eclipsado los ideales redentores, reina el consumismo superfluo, la gente “se endeuda en casas comerciales” (41) y forma parte de una sociedad acostumbrada a las apariencias, los decorados artificiosos y las componendas tras bambalinas. (147)

Memoria endriaga es, entonces, el ejercicio consciente del no-olvido del horror, de conmemoración de sus víctimas y de relevar su dignidad como seres humanos, más allá de los parámetros de éxito y valoración que impone el capitalismo gore, puesto que los sujetos endriagos, como dijera el autor: “[. . .] siguen en lo mismo, más disimulados, captando la información que consideran útil, listos para actuar como en los viejos tiempos apenas le den la orden” (Concha, Corolario de entrevista).

Conclusiones

La oscura memoria de las armas plasma, en consecuencia, una memoria situada que, bajo el resplandor inicial de los primeros minutos de la nueva democracia, se ve oscurecida, rápidamente, por causa de la impunidad y el ocultamiento de la verdad. De este modo, la memoria colectiva, oscila entre los actos forzados y performáticos de memoria y el olvido-silencio de los gobiernos de la transición y de sus actores. De hecho, en relación con esta memoria situada, Ramón Díaz Eterovic sostiene:

Con la transición la ciudad se moderniza. Desaparecen lugares tradicionales de encuentros y son reemplazados por otros que plantean nuevos servicios y una nueva relación entre servicio y cliente, y entre los clientes. La ciudad adquiere color. Los desplazan algunos ejes comerciales y de servicios. La ciudad vuelve a ponerse bulliciosa. Se “toman” muchos espacios públicos, se invita a la gente a “utilizar” los espacios de la ciudad. (Concha, Corolario de entrevista)

Díaz Eterovic recuerda que la transición prometía una urbe diferente, sin embargo, esta promesa es rota, y la violencia y el ocultamiento de los crímenes de la dictadura perviven, el imaginario urbano de Santiago, lleno de color previo a la dictadura, gris y opaco en su devenir dictatorial, se transforma luego en el espacio de neón y plástico de la transición, falso si se quiere y que Heredia puede vislumbrar tras el lente de la memoria. Así, la memoria situada de Heredia, la que reconoce que la ciudad se construye simbólicamente a través de sus habitantes y el uso que estos hacen del espacio público, deviene en memoria endriaga cuando se reconocen los espacios teñidos con la sangre de las víctimas de la dictadura, siendo los memoriales, los murales, los grafitis, recordatorios de la violencia estatal. El hecho de que las calles estén habitadas también por los sujetos endriagos, ex agentes de

Pinochet, como los asesinos de Reyes, que conservan para sí el uso de la fuerza, protegiendo ideales cuestionables y adquiriendo con ello poder y dinero que intentan, a cualquier precio, mantener, transforma al imaginario urbano de Santiago transicional en un espacio peligroso, carente de derechos, vulnerable en extremo. José Promis observa agudamente respecto de la obra de Díaz Eterovic, *A la sombra del dinero*:

Si bien el interés del narrador implícito para destacar los delitos que se cometen en Chile como resultado de las alteraciones sociales producidas durante el periodo de la dictadura militar no ha desaparecido [...] otros dos aspectos dominantes en la sociedad chilena de hoy han comenzado a acaparar paulatinamente su atención: la metamorfosis que produce en los modos de vida tradicionales la imposición del sistema económico neoliberal y la progresiva anulación del pasado que provoca ese mismo sistema. Así, podría afirmarse que al propósito de denunciar los desequilibrios político-sociales que justificó la escritura de las primeras novelas de la serie, se agrega en los siguientes relatos la denuncia de las alteraciones existenciales de la sociedad contemporánea junto a una dominante voluntad de rescatar la memoria colectiva. (162)

De esta forma, Promis se anticipa a lo que Díaz Eterovic presenta en *La oscura memoria de las armas*, donde el sujeto endriago, producto y consecuencia de la sociedad neoliberal, será quien asesine a un hombre que busca que la memoria de aquellos que sufrieron tortura no se pierda en los anaqueles mohosos de los tribunales de justicia, configurándose esta memoria situada, en una memoria endriaga, llena de episodios de terror, violencia y sin razón. La obra incorpora al imaginario literario, personajes invisibles y olvidados, las víctimas de la dictadura en cuanto agentes activos en la búsqueda de justicia, además de la presencia destacada de Heredia, quien se transforma en una línea de fuga dentro de la clase subalterna, en cuanto este no tiene más rutinas que las que le conectan con los bares

y cafés donde frecuenta a sus amigos, encontrándose al margen de la sociedad y, por ello, puede recorrerle en todos los sentidos y abstraerse del péndulo adormecedor de la subsistencia.

En este Santiago transicional, la memoria colectiva oscila entre los actos forzados y performáticos de memoria (funas) y de olvido-silencio (falsa alegría) de los gobiernos de la transición y sus actores. De ahí que Díaz Eterovic afirme que los gobiernos de la Concertación invitaron “a “utilizar” los espacios de la ciudad” (Concha, Corolario de entrevista), invitación que resulta vacía cuando la pseudo democracia transicional rehúye el disenso, los actos de protesta, la exigencia de verdad, justicia y reparación respecto de los hechos horribles del pasado dictatorial, exigiendo de los deudos y víctimas no solo silencio y conformidad, sino que olvido de todo lo sufrido, el silencio final de sus desaparecidos. Dentro del imaginario urbano de Santiago, el mal y su impunidad ha ido en aumento, la aparición del sujeto endriago en el imaginario urbano de Santiago que aparece en el texto de Díaz Eterovic, sujeto anónimo, peligroso, impune, poderoso, permite reconocer una realidad que ha mermado las posibilidades de tranquilidad de los habitantes de la ciudad, donde el desamparo y la falta de justicia, determinan la necesidad de la llegada de los héroes, o los antihéroes, según sea el caso, representados por el detective Heredia, el que se enfrenta a estos sujetos y al mal de la sociedad, desde el ejercicio de una memoria endriaga, que recuerda los actos del mal a fin de poder enfrentarse a este y obtener algún tipo de justicia.

El abuso social, de impunidad de los poderosos y de desprecio a los sujetos subalternos de la sociedad, explica en buena parte el surgimiento de la primera línea en las protestas de octubre de 2019, donde estos muchachos, algunos solo niños, se encuentran rodeados de un halo de heroicidad que refuerzan con el uso de escudos, mascarillas y cascos; estos jóvenes, surgidos de la nada, a quienes las autoridades persiguen, acosan y mutilan para así destruir aquel imaginario, son aquellos con los que Heredia, seguramente, convivirá.

Bibliografía

- Candia-Cáceres, Alexis. «Luna caliente: el séptimo círculo argentino». *Nueva Revista del Pacífico* 51 (2006): 63-79.
- _____. «Todos los males el mal. La “estética de la aniquilación” en la narrativa de Roberto Bolaño. » *Revista Chilena de Literatura*. 2010: 43-70.
- Colodro, Max. *El silencio en la palabra. Aproximaciones a lo innombrable*. Santiago: Cuarto Propio, 2000.
- Concha, Eleonor. «Entrevista a Ramón Díaz Eterovic.» Santiago, 11 de noviembre de 2020.
- Deleuze, Gilles. *Conversaciones 1972-1990*. s.f. Escuela de Filosofía Universidad ARCIS. 11 de junio de 2020.
- Díaz Eterovic, Ramón. «A propósito de Heredia y su mundo.» García-Corales, Guillermo y Mirian Pino. *Poder y crimen en la narrativa chilena contemporánea. Las novelas de Heredia*. Santiago: Mosquito Editores, 2002. Prólogo.
- _____. *La oscura memoria de las armas*. Santiago: LOM Ediciones, 2017.
- Epple, Juan Armando. *Aproximaciones al neopolicial latinoamericano*. Ediciones LAR, Concepción, 2009.
- Espejo, Camila. *Memoria situada. Representaciones de la memoria en los ex centros clandestinos de secuestro, tortura, desaparición y exterminio de la Dirección Nacional de Inteligencia durante la dictadura cívico militar (1973-1990)*. Tesis. Santiago: 2018.
- García-Corales, Guillermo. «La ética de la lucidez en *La oscura memoria de las armas*.» *Hispanic Journal*. Vol. 35 No. 2 (2014): 95-113. 08 de junio de 2020.
- González González, Daniuska y Alexis Candia-Cáceres. «Geografías invisibles de la globalización: Bolaño, Almada y Zúñiga.» *Anales de literatura chilena* N° 28 (2017): 79-97.
- Guerra, Lucía. *Ciudad, género e imaginarios urbanos en la narrativa latinoamericana*. Santiago: Cuarto Propio, 2015.
- _____. «El conventillo: Signo del deshecho y signo híbrido en *Los Hombres Oscuros* de Nicomedes Guzmán.» *Anales de la Literatura Chilena* Número 1 (2000): 117-134.
- _____. «Memoria e imaginarios urbanos en la narrativa latinoamericana.» *Taller de Letras* 35 (2004): 7-26.
- Halbwachs, Maurice. *La memoria colectiva*. Epulibre, 2016. 18 de junio de 2020.
- Hernández Suárez, Gonzalo. «Entrevista a Ramón Díaz Eterovic.» *Latinoamérica en su conjunto puede ser leída como una novela negra*. Revista Sur y Sur, Octubre de 2012. 15 de junio de 2020.
 <<http://www.surysur.net/diaz-eterovic-latinoamerica-en-su-conjunto-puede-ser-leida-como-una-novela-negra/>>.

- Larson, Erik. «Mapas de la memoria: el espacio no-sincrónico en la novela negra de Ramón Díaz Eterovic.» 2020. 20 de diciembre de 2020.
<<https://www.lehman.edu/faculty/guinazu/ciberletras/v24/larson.html>>.
- Ortega y Gasset, José. *Meditaciones del Quijote*. Madrid: El Arquero, 1970.
- Pino, Mirian. *La memoria cultural a través del relato negro*. 2006. 08 de agosto de 2020. <<http://www.letras.mysite.com/rde250806.htm>>.
- Pino, Mirian y Guillermo García-Corales. *Poder y crimen en la narrativa chilena contemporánea. Las novelas de Heredia*. Santiago: Mosquito Editores, 2002.
- Promis, José. «El neopolicial criollo de Ramón Díaz Eterovic.» *Anales de la Literatura Chilena, Año 6 6* (2005): 151-167. 08 de junio de 2020.
<<http://www.bibliotecanacionaldigital.gob.cl/bnd/628/w3-article-227452.html>>.
- Rodríguez, Laura y otros. «El lugar de la memoria: enseñanza del urbanismo.» (2019):171-180. *Universidad Nacional de Colombia, Bogotá*. 11 de junio de 2020.
<<https://revistas.unal.edu.co/index.php/bitacora/article/view/63870>>.
- Schmitz, Sabine, Annegret Thiem y Daniel A. Verdú . «Descubrir el cuerpo. Estudios sobre la corporalidad en el género negro en Chile, Argentina y México.» *Revista de Estudios Hispánicos VII.1* (2019): 231-234. 18 de junio de 2020.
- Toro Toledo, Adán. «La palabra subalterna: La Oscura memoria de las armas de Ramón Díaz Eterovic como discurso crítico y de resistencia a los procesos de Globalización.» 2016. *Proyecto Patrimonio*. 17 de junio de 2020. <<http://letras.mysite.com/rdet271216.html>>.
- Valencia, Sayak. *Capitalismo gore*. Santa Cruz de Tenerife: Melusina, 2010.
- Valenzuela Prado, Luis. «Transición, memoria y neoliberalismo en la ciudad de la Oscura memoria de las armas de Ramón Díaz Eterovic.» *Contextos 28* (2012): 141-154. 15 de junio de 2020. <<http://www.umce.cl/joomla-tools-files/docman-files/universidad/revistas/contextos/N28-09.pdf>>.
- Winter, Ulrich. «Corpus delicti. Justicia poética, justicia histórica, el giro forense y el materialismo en la novela negra posdictatorial (acerca de la serie Heredia, de Ramón Díaz Eterovic).» 2017. 10 de junio de 2020.
<https://www.academia.edu/31909660/_Corpus_delicti_Justicia_po%C3%A9tica_justicia_hist%C3%B3rica_el_giro_forense_y_el_materialismo_en_la_novela_negra_posdictatorial_acerca_de_la_serie_Heredia_de_Ram%C3%B3n_D%C3%ADaz_Eterovic_>.



New articles in this journal are licensed under a Creative Commons Attribution 4.0 United States License.



This site is published by the [University Library System](#), [University of Pittsburgh](#) as part of its [D-Scribe Digital Publishing Program](#) and is cosponsored by the [University of Pittsburgh Press](#).

